

LIBRO II

EL NACIMIENTO DEL BUDHISMO Y EL RENACIMIENTO DE LA VIDA INTELECTUAL EN LA INDIA

CAPITULO V

El Budhismo.

Origen del Budhismo.—La vida de Budha según la leyenda.—La doctrina de Budha.—La santa comunidad de Budha.—Muerte de Budha.

Hemos visto que los brahmanes no eran sólo sacerdotes ambiciosos de dominar, ni sus prácticas devotas simples ejercicios mecánicos, sino que se ocupaban también en meditar sobre el mundo, su origen y su autor. Pero tales meditaciones cambiaron las relaciones entre la clase sacerdotal y el pueblo. Este amaba y veneraba al



Budha en su juventud rodeado de sus mujeres.

sacerdote cuando era poeta y cantor, pero cuando se hubo hecho pensador profundo y sabio, el amor se trocó en simple respeto, y el sacerdote pensador, al perder el contacto popular, perdió el interés que antes le inspiraban las penas y alegrías del pueblo. Abrióse un abismo infranqueable entre el pueblo laborioso y el sacerdote, y más siendo éste sabio y santón, ante el cual se inclinaba todo el mundo como ante un ser divino. Toda la vida de los arya-indios estaba santificada por dedicarse á continuos sacrificios y cultos devotos, y más santo debía parecer el sacerdote, sobre todo si era un maestro sabio, venerado como un padre por sus discípulos. A esto se agregaba que en los refugios de los anacoretas la industria y la actividad para ganarse la vida no tenían ningún valor, porque el sabio despreciaba todo lo terrenal para dedicarse únicamente á sus meditaciones y espe-

culaciones, gozándose en ellas, en las privaciones materiales y elevándose á las regiones serenas de la vida eterna. Estas especulaciones condujeron á la vida monástica, favorecida por las condiciones climatológicas del país, y no es aventurado suponer que esta clase de meditaciones y de prácticas ascéticas en ningún otro país más que en la India, ni siquiera en el Punjab, habrían podido ganar terreno tan rápidamente.

Cuando la especulación traspasó los límites del mundo visible y dejó atrás hasta las divinidades que representan fuerzas de la naturaleza llegando á la idea de un *atman* absoluto, nació la idea de que el mundo físico no era más que una apariencia. En todos los upanishad, en los más antiguos como en los posteriores, se encuentra esta clase de conceptos. Para ellos el mundo es sólo extensión; es una alucinación, una apariencia, una espuma que después de tomar ciertas formas, se deshace; un ensueño, una ilusión, bajo formas y nombres diversos, pero que ante el conocimiento del ser desaparecen como las imágenes del espejismo, de la *Maya* ó magia ante el sol del Mediodía.

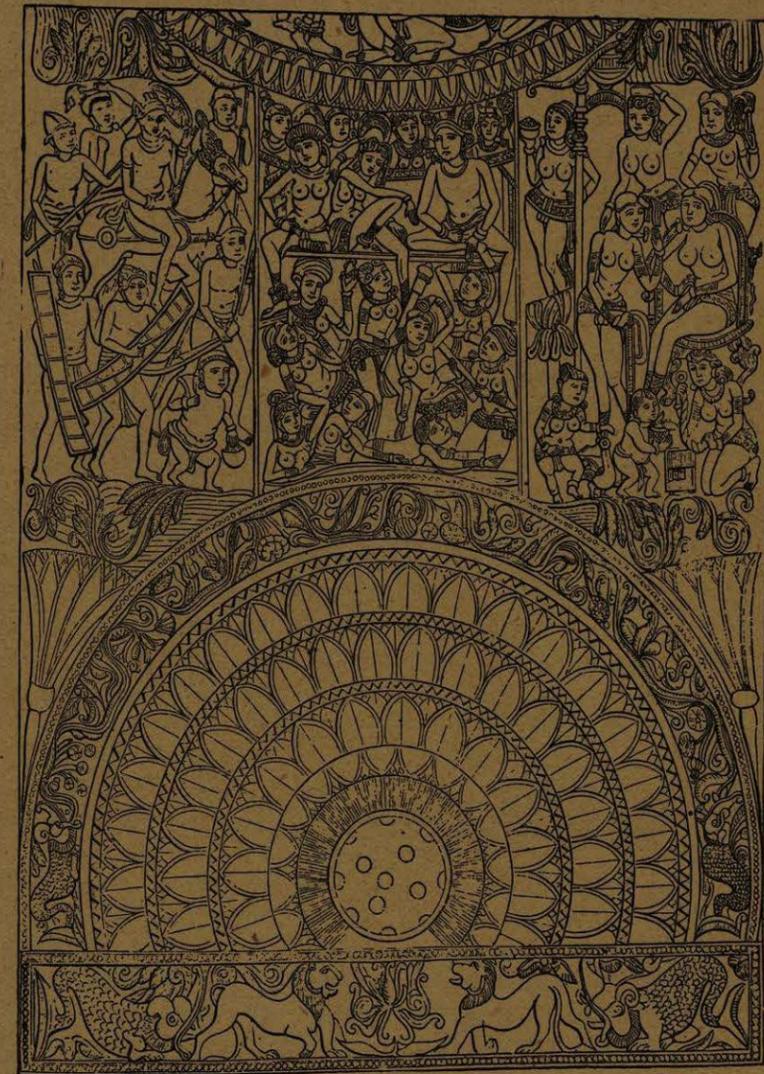
Mientras la especulación no salió del círculo de los ascetas, no había peligro. Pero como en estos conceptos andaban mezcladas la metafísica y la moral práctica de la vida, y como por este camino se creía encontrar la verdad y la liberación de las miserias de las muchas vidas por que el ser imperfecto había de pasar hasta alcanzar la perfección sublime, penetró esta ciencia oculta en la vida del pueblo, en los palacios de los príncipes y en las chozas de los humildes, en cuya alma quedó implantada como germen que no pudo ser extirpado ya. Las generaciones antiguas de los arya habían luchado con las armas para conquistar y tener una patria en la India, para defender sus hogares, sus familias y sus rebaños; y sus descendientes luchaban con las armas del ascetismo para liber-

tarse de las miserias de la metempsicosis y conquistar la perfección espiritual. Si los héroes antiguos habían adquirido su fama con sus hechos de armas ó sus cantos, los nuevos héroes aspiraban á ser famosos luchando contra los placeres y goces materiales, arrebatando á la muerte su poder y quedando libres de nuevas vidas materiales. Este era el último límite hasta donde podía llegar el brahmanismo en su desarrollo, y no añadió efectivamente nada nuevo en esta dirección. Pero como en el del progreso continuo no era posible el retroceso, ni un cambio de dirección, sólo podía derrocarse lo existente por un impulso exterior, ó por haberse colocado en un terreno en cuyo subsuelo fuerte y consolidado no pudieran penetrar más sus raíces. Ambas cosas sucedieron, como lo prueban los sucesos.

El budhismo nació en la región oriental, que según la tradición tardó más en adoptar el culto de los sacrificios brahmánicos, es decir, la situada al otro lado del Sadanira, ó sea el país de los maghadas

y de los cosalavidehas, poblaciones arya que se establecieron allí en época remotísima y cuyos reyes atrajeron luego á sus cortes á los varones sabios, que hicieron de sus palacios centros del saber. Allí, en las grandes solemnidades se trataron en presencia del pueblo las altas cuestiones religiosas, siendo naturalmente las más intrincadas aquellas que se debatieron entre los sabios, los príncipes y sus

ministros, lejos de la multitud. Según todos los indicios, el brahmanismo no tenía allí raíces tan hondas como en otros países, ni la multitud estaba dominada por los sacerdotes y por la rutina de su religión para que hicieran gran caso de las palabras de los sabios, de los maestros y



La historia de Budha. (Pilastra de Auravati.)

En la parte superior, se representa la traslación de la desposada de Budha al palacio de éste, rodeada de doncellas que danzan. En el centro, el padre con sus dos mujeres recibe á los enviados del novio.

de los príncipes. Sin embargo, había también allí santones que pretendían haberse redimido de la esclavitud de la metempsicosis y sastifechos de haber alcanzado la perfección para sí, no se interesaban por nada, fuera de su propia salvación. Llamábanse estos individuos en sánscrito *budhas*, que quiere decir iluminados, en el sentido que habían alcanzado el conocimiento (en sánscrito *bodhi*), que les libraba

de pasar nuevas vidas después de su muerte. El número de estos budhas ó iluminados podía ser naturalmente infinito, siendo una especie de precursores del Budha perfectísimo y universal. Este Budha había nacido ya en la época de que tratamos, y era venerado y celebrado como otro iluminado sin que se supiese que era el Budha perfecto, pues todo lo que posteriormente se refirió y escribió son fábulas y leyendas. Hay en la India innumerables historias de nacimientos llamadas *shataca*, contadas generalmente por el héroe mismo, que suele ser el Budha perfecto en una existencia anterior ó una persona de las que le rodean, también en una existencia anterior. Estas historias son naturalmente y por su mismo carácter todas novelescas y milagrosas y tantas como las vidas que se supone haber pasado el Budha perfecto para haber llegado á la perfección final.

Los sucesos más importantes en la vida de Budha son dos. El primero su renuncia al mundo y la entrada en la vida cenóbica, con el consiguiente abandono de su casa y familia, porque sin esto habría podido alcanzar el dominio universal, pero no el conocimiento ó la iluminación del grado más elevado, ni de consiguiente, la categoría de budha. El segundo suceso principal fué la resolución de predicar su doctrina y exponer sus conocimientos, en lugar de guardarlos para sí, como habían hecho y hacían otros.

La rueda entre los arios-indios ha sido desde la antigüedad más remota el signo del curso del día y del mundo, así como del dominio. Poner en movimiento la rueda del gobierno ó de la ley significaba empezar el reino, y al ponerse Budha á predicar su doctrina ó á dar impulso á la rueda de su ley, se convirtió necesariamente en salvador del mundo y de los seres. Todo lo que dijo Budha es santo como él mismo; es verdad, firme é inquebrantable; y al revés, todo lo que es santo equivale á sentencia de Budha, porque él es el manantial de la verdad, de la ciencia y de la sabiduría. Es decir, todo orden, ley, uso y deber, ó en una palabra, la ley, en sánscrito *dharma*, reside en Budha, que es por lo mismo superior á la ley ó al *dharma*, bien que los dos son inseparables. También son inseparables de la *sangha*, que es la comunidad de los santos ó la comunidad santa, pues ni Budha ni la ley pueden existir sin adeptos que obedezcan á aquél y cumplan ésta. Así como Budha es principio y cabeza, y la ley la

continuación de su obra salvadora, del mismo modo el *sangha* ó la comunidad santa es su imperio ó la iglesia que fundó al admitir los primeros discípulos. Rey de la ley ó *dharma-radya* es un título que se da en el poema épico al rey Yudishtira, como se da también á la muerte, á Yama, el sobrenombre de *Dharma* ó Ley.

Budha, *Dharma* y *Sangha* forman la preciosa y sacra trinidad budhista. En los monumentos budhistas, como en los templos de Sanchi y Amravati, son asuntos muy usados de ornamentación la rueda de la ley, en forma de un escudo ó plato, una figura á manera de tridente adornado y otras muchas figuras alegóricas cuya significación se ignora.

El budhismo se extendió rápidamente y muy lejos, pues su fundador y sus discípulos pasaron su vida recorriendo la India y predicando en todos los lugares por donde pasaban. Desde Benares, donde Budha había pasado la estación de las lluvias, envió por primera vez en todas direcciones á cuantos discípulos tenía para predicar su doctrina salvadora, mendigando como él su sustento de puerta en puerta cuando no les invitaba á su casa algún adepto rico ó acomodado. Muchos les hicieron además regalos, y á Budha hasta le regalaron casas, jardines y bosquillos para que pudiesen pasar allí él y sus discípulos la estación lluviosa y desapacible. A estos sitios acudían multitud de gente del pueblo, reyes, príncipes y sabios, atraídos por la inmensa fama del santo, el cual, como veremos más adelante, se llamaba Sidarta, de la familia Sakia, y solía llamársele también Sakia-Muni, que significa «el anacoreta de la selva de Sakia», ó Gautamanvaya, que quiere decir «descendiente de Gautama ó de Gotama». Muchísimos se convirtieron á su religión; los hombres se hicieron hermanos, se dejaron tonsurar y vistieron el hábito. Más adelante muchas mujeres se hicieron monjas, y los que no se decidieron por la vida monástica ingresaron en la nueva religión como hermanos legos. Así creció continuamente el número de adeptos, y cuando después de cuarenta y cuatro años de propaganda el maestro octogenario dejó este mundo, el budhismo imperaba en los reinos de Maghada y de Cosala-Videha. Su muerte ocurrió por el año 480 antes de J. C., ó sea por la época en que se daban en Grecia las batallas de las Termópilas, de Artemisio y de Salamina.

La vida de Budha según la leyenda.

El Bodhisatva (Budha), dice la leyenda, vivía feliz en el amenísimo cielo de los bienaventurados, en su tienda divina, resplandeciente de indescriptibles magnificencias, donde innumerables habitantes del cielo le admiraban. Se hallaba sentado en su trono cuando una voz sonora le mandó entrar en el seno materno para cumplir su última vida en la tierra. «Ha llegado el tiempo, no tardes», dijo la voz. Entonces Budha, seguido de los hijos perfectos de los dioses, se dirigió al palacio de Dharmacaya (Plenitud de la ley) y todos se sentaron allí bajo sus correspondientes solios.

En esta asamblea, de la cual estaban excluidos los hijos de dioses de categoría inferior y las ninfas (*apsaras*), se oyó una voz que dijo: «Dentro de doce años entrará el Bodhisatva en el seno materno». Entonces los hijos de dioses disfrazados de brahmanes marcharon á la India, y enseñaron que quien de esta manera puede entrar en el seno materno nace con las señales (que eran en número de 32) de gran hombre, y que le tocará vivir en su casa, ser rey y poseer siete joyas, á saber: una rueda (la del dominio), un elefante, un corcel, una esposa perfecta, una alhaja de oro, un buen administrador (ó ministro) y un buen general, ó bien renunciará á todo esto, abandonará su casa, se hará anacoreta, dejará todo deseo material y las pasiones, y será dueño supremo, maestro de los dioses y de los hombres.

Mientras los supuestos brahmanes así profetizaban, los *praticca-budhas* (los que guardan la sabiduría y perfección alcanzada y no la comunican á los demás, los budhas egoístas) recibieron de Radyagriha y Varanasi orden de salir del territorio de Budha, y uno tras otro desaparecieron de la tierra. El Bodhi satva meditó sobre el tiempo fijado para su nacimiento, y el país, la comarca y la familia en que había de venir al mundo, á fin de decidirse respecto de la vida que debía escoger, ó de rey ó de anacoreta; y después de considerarlo todo, comprendió que la que más le convenía era la vida de maestro, y entonces pudo contestar á los hijos de dioses, los cuales desde largo tiempo, y siempre en vano, buscaban una familia sin tacha en la que pudiese nacer. Les dijo las 64 señales que la familia ó tribu había de tener y las 32 que había de tener la mujer en cuyo

seno el Bodhisatva había de empezar su última existencia terrenal, y entonces, meditando un poco, conocieron ellos la intención del santo.

La tribu ó familia que reunía las condiciones exigidas resultó ser la de sakia, tribu próspera, agradable y numerosa, siendo su rey Sudhodana, de prosapia paterna y materna purísima y el mismo varón sin tacha, de noble índole, dechado de todas las virtudes corporales, intelectuales y morales, y al mismo tiempo ni demasiado viejo ni demasiado joven. Su esposa se llamaba Maya y era hija de Suprabudha, príncipe sakia. Era mujer encantadora, respirando juventud y dotada de gran belleza. No había tenido todavía ni hijo ni hija, poseía todas las cualidades de una virgen divina, y ningún defecto de su sexo. A las singulares ventajas corporales se unían en ella las cualidades incomparables y las virtudes de su alma. En una palabra, era una joya, semejante á Maya cuyo nombre llevaba, y por lo mismo no podía encontrarse otra tan digna como ella de ser madre de Bodhisatva.

Entretanto se iba acercando el tiempo de bajar á la tierra, y entonces el Bodhisatva reunió á toda la comunidad de bienaventurados en su magnífica tienda para darles desde lo alto de su radiante trono su enseñanza, la cual oyeron los hijos de dioses y las ninfas sentados alrededor, ocupando diferentes alturas, de modo que la reunión parecía una majestuosa cúpula. Anuncióles el santo su próxima partida y consoló y animó á sus afligidos oyentes y les dijo: «Amados míos: iré al *Jambudvipa* (la parte central del mundo); porque después de mi vida de bodhisatva sería impropio no alcanzar el conocimiento supremo.»

Todos lloraban, y abrazando los pies del maestro dijeron en sus lamentos que el cielo perdería su brillo y ellos quedarían huérfanos. Entonces les dijo él señalando al bodhisatva Matreya: «Este ocupará mi lugar», y quitándose tiara y diadema las ciñó á matreya y le dijo: «Después de mí serás llamado tú, noble varón, al conocimiento supremo.»

Después se discutió la cuestión de la forma bajo la cual el bodhisatva había de penetrar en el seno materno, y al cabo de multitud de proposiciones, se decidió que lo hiciese bajo la forma de un elefante de nobilísimo aspecto, lustroso y con adornos de oro, con la boca abierta, es decir, con la trompa levantada, como

aparición majestuosa, pues así lo dicen los Vedas, y que después de abandonar esta forma recibiría las 32 señales de los grandes hombres.

Entretanto el bodhisatva, en vista de su próximo nacimiento, hizo ocho milagros en el palacio y los jardines del rey Sudhodana. La esposa del rey salió del baño, se perfumó, se puso preciosas ajorcas y un vestido vaporoso, y radiante de alegría entró rodeada de sus damas en la sala de fiestas, donde se sentó en un magnífico trono á la derecha de su esposo, al cual dijo con encantadora sonrisa, dulcísimas palabras y ademán modesto: «Salve, oh rey; préstame oído y concédeme una merced.» Seguidamente le pidió permiso para cumplir un voto piadoso en lo alto de su castillo, haciendo en medio de sus compañeras y amigas vida retirada y ascética. Declaró haber conservado su pureza y no haber faltado á ella ni con actos, ni con palabras, ni con el pensamiento; que había cumplido los diez ejercicios piadosos, y finalmente suplicó al rey que viviese durante el mismo tiempo austeramente, absteniéndose de todos los goces materiales; que diera libertad á los presos, comida y vestido al pobre; que fuese para todo su pueblo un padre cariñoso; que hiciera cesar durante el tiempo de la vida retirada todas las discordias y luchas y que reinase en todas partes la felicidad y la satisfacción.

Le gustó al rey la súplica de su esposa y le concedió lo que pedía. Hizo adornar magníficamente los miradores del castillo con flores, palmeras y banderolas, mandó arreglar lechos suntuosos, y cuando la reina se trasladó allí entre músicas y cantos, apostó miles de hombres armados en un vasto círculo para que guardasen la regia morada, donde quiso que Maya estuviese como una virgen divina en los jardines de Indra.

Entretanto se reunieron los moradores de las serenas regiones celestes, de los mundos de placer y corporales, para acompañar al bodhisatva en su descenso á la tierra. Las vírgenes divinas que reinan en el mundo celeste de los placeres tuvieron vivísimo deseo de ver á la hermosa Maya, y vestidas de resplandor y de aromas salieron de la región de los inmortales y llegaron al país de Capila, donde estaba en medio de preciosos jardines el magnífico castillo de los cisnes, morada del rey Sudhodana y de Dartahtia. Allí contemplaron á la reina desde

su altura en los aires, echada sobre precioso lecho y rodeada de ninfas que con las manos levantadas en señal de saludo se la mostraban una á la otra con admiración no exenta de un poco de envidia. Vió la reina á las vírgenes celestes y éstas hicieron llover sobre ella nubes de flores con lo cual regresaron al cielo, de donde habían venido.

Cuando hubo llegado el tiempo fijado por voces celestes todos aquellos seres celestiales, los cuatro grandes gobernantes del mundo, Indra y los demás, se trasladaron con grandes multitudes de ninfas cerca del bodhisatva, prontos á acompañarle en su bajada á la tierra al son de músicas divinas. Entonces el bodhisatva bajó de su trono, á la vista de todos los dioses y espíritus, y rodeado de millares de millares de moradores celestes emprendió su marcha. Súbitamente emanó de su cuerpo un resplandor tan fuerte, que atravesó todos los mundos y penetró hasta en los espacios intermedios cuyos habitantes están rodeados de tinieblas. Todo el universo se conmovió, crujendo en sus cimientos más profundos, pero en los aires resonaban al propio tiempo voces alegres y suaves; y mientras el bodhisatva bajaba á la tierra y penetraba en el seno materno en medio del júbilo de todos los dioses, del coro de músicas celestes y de los cantos alegres de las ninfas, no hubo en ninguna parte ni desorden, ni discordia, ni odio, ni penas, ni dolor.

Había pasado la estación fría, reinaba la primavera; los árboles ostentaban su hermoso follaje y sus flores, cuando el bodhisatva vió desde su altura á la que había de ser su madre y bajó en forma de un hermoso elefante blanco y joven para introducirse en el seno materno.

Estaba la reina Maya entonces dormida y vió en sueños un elefante, más hermoso que ninguno de los que había visto, fuerte y majestuoso. Una sensación dulcísima conmovió todo su ser y la hizo despertar. Al momento se levantó, se puso su magnífico ropaje y se dirigió con sus doncellas al inmediato bosquecillo de Açoca, desde donde envió un mensajero al rey suplicándole que fuese á verla.

El rey recibió gozoso la noticia y con gran séquito, del cual formaban parte hombres versados en las escrituras sagradas, se dirigió al bosquecillo de Açoca, á cuya entrada se detuvo dominado por un estremecimiento piadoso, hasta que voces de dioses invisibles le anima-

ron á penetrar en el sagrado recinto, donde encontró á Maya rodeada de sus doncellas. Contóle la reina su sueño; el rey llamó á los brahmanes impuestos en los Vedas, y estos sabios, después de enterarse, dijeron:

«Alegría inmensa, y no desgracia, aguarda á la familia real», y dirigiéndose á la reina continuaron: «Y tú, oh reina, parirás un hijo que nacerá con todas las señales de ser señor del mundo. Pero si prefiriese abandonar su casa, si renunciara á su trono y á todos los placeres terrenales, y poseído de amor á la humanidad eligiere la vida religiosa, será un Budha, un maestro del triple mundo, que confortará á todos con precioso licor celestial.»

Así se explicaron los sabios brahmanes. El rey, lleno de gozo, los colmó de regalos y en todos los puntos principales de su capital, en las plazas y puertas de Capila mandó distribuir á los pobres ropas y alimentos. Además dispuso la construcción de una morada de extraordinaria belleza y magnificencia, que igualara á las moradas celestes, para que Maya esperase allí su alumbramiento. Entonces no hubo en ninguna parte ni pena ni dolor; todo el mundo vivió feliz como en los jardines de Indra.

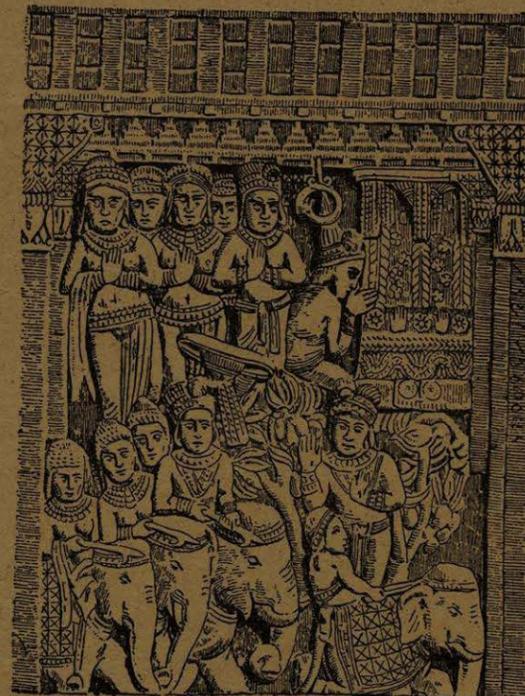
Al cabo de diez meses, gran número de milagros que ocurrieron en el palacio y en los jardines del rey Sudhodana anunciaron el cercano nacimiento del bodhisatva. Al sentir la reina la aproximación del parto suplicó al rey, en el primer tercio de la noche, que le cumpliera un deseo que tenía

hacia tiempo: una excursión á los bosquecillos de recreo, porque la primavera, estación de delicias para las mujeres, había revestido todas sus galas y sus flores, con el zumbido de las abejas y el canto de los pájaros.

El rey hizo poner sus jaeces á los elefantes y caballos y adornar el noble ganado de los carros con aparejos de oro, campanillas y telas preciosas. Mandó también adornar los árboles de lo largo del camino con cintas y gallardetes de brillantes colores. Suplicó á las mujeres de palacio que se pusieran sus mejores galas y mandó que otras llevasen los instrumentos de música, flautas, címbalos y arpas, para dar más realce á la excursión. La reina debía ir en un carruaje sola, y cuando subió á él fué saludada por las músicas y las campanillas, á lo cual se agregaron

los cánticos que las mujeres de los dioses entonaron desde lo alto y el gorjeo de los pájaros. Flores celestes llovieron sobre Maya, la tierra tembló y se oyó una voz que dijo: «Hoy nacerá el mejor de los seres en el bosquecillo de Lumbini (de los goces).»

Púsose la comitiva en camino, escoltada por mucha gente armada y ricamente ataviada. Los cuatro guardas del mundo acompañaron el carro de la reina, precedido por los brahmanes. Los



Un episodio de la vida de Budha. (Marcha al bosquecillo de Lumbini.)

malos huyeron, y todos los dioses y millares de seres divinos saludaron en todas partes levantando los brazos en actitud devota. El rey, al ver aquello, comprendió que tantos honores tributados por Brahma, Indra y los demás moradores del cielo, sólo podían dirigirse á un dios señor de dioses.

Así llegó la expedición al bosque sagrado, que ostentaba todas sus galas: bajó Maya de su carro y paseando llegó al pie de un bananero majestuoso cargado de flores y fruta, que bajó respetuosamente sus ramas ante la reina. Entonces, rodeada la reina de ninfas que le ofrecían sus servicios, y que la animaban y entonaban alabanzas en honor del hijo que había de nacer, dirigió gozosa su mirada al cielo, extendió el brazo derecho, que en aquel momento pareció un re-

lámpago deslumbrador, y en el acto salió de su costado derecho el hijo que había llevado en su seno diez meses enteros, y que nació sin mancha y limpio como no nace nadie.

Indra, el príncipe de los dioses, y Brahma, el señor de los mundos, estaban allí respetuosos con un paño magnífico y resplandeciente en las manos, para envolver al recién nacido; pero éste se escapó de las manos de los dioses y se puso de pie en tierra. En el punto donde puso el pie nació al instante un magnífico loto. Al propio tiempo cayeron sobre el recién nacido dos chorros de agua, fresco el uno y caliente el otro, enviados ambos por el rey y la reina de las serpientes, y llovieron sobre él flores y perfumes celestes, mientras sobre su cabeza aparecieron un blanquísimo y deslumbrante quitasol y dos resplandecientes abanicos. Entonces el bodhisatva, de pie sobre su loto, miró triunfante á su alrededor, como quien conocía su poder soberano, y dando siete pasos, que hicieron salir de la tierra otras tantas flores de loto, exclamó con voz sonora como la de Brahma: «Yo soy el más encumbrado y el mejor del mundo. Este es mi último nacimiento.» Manos divinas le pusieron los distintivos de su divinidad, continuaron lloviendo flores y perfumes, tembló la tierra, el cielo resplandeció de vivísima luz que penetró hasta en los abismos del infierno, y todas las criaturas se llenaron de gozo.

Así nació el bodhisatva, cuyo feliz suceso corrió á participar al rey un mensajero seguido de otro y otro. Participóse también á Sudhodana el nacimiento simultáneo de otros hijos é hijas en la familia Sakia, de Jandaca, el hijo de la esclava, el del noble corcel Cantaca y otros sucesos maravillosos. El rey fué á ver al más excelso de sus hijos, á quien llamo Sarvartasida, y celebró el fausto suceso con un gran convite.

Siete días permaneció toda la expedición en el bosque de Lumbini en continuas fiestas y se repartieron abundantemente víveres y regalos. Al séptimo día de haber nacido el hijo, murió la madre, que pasó al cielo de Indra, pues dicen que era regla antigua que la madre de un bodhisatva pasara á mejor vida á los siete días de haber dado á luz al hijo, porque así se le ahorra la pena, que le destrozaría el corazón, de ver á su hijo adoptar la vida de peregrino al entrar en la plenitud de la edad viril.

El bodhisatva fué llevado á la ciudad de Capila, lo que dió lugar á nuevas y pomposas fies-

tas. En la solemne entrada tomaron parte muchos miles de doncellas, unas con aguas odoríficas, otras con guirnaldas y coronas de flores, otras con abanicos de palma, de plumas de pavo real, etc., y entre las doncellas humanas las había también divinas. Todas las casas se abrieron al recién llegado, al cual, sin embargo, su padre dió una morada magnífica y nombró aya suya á su tía materna la gran señora Gautami y para auxilio de ésta á un gran número de niñeras jóvenes.

Entretanto el rey con sus sakias pensaba en el porvenir del príncipe, dudando si éste se decidiría por el trono y cetro de señor de reinos é imperios, ó por el báculo y las alforjas de peregrino mendicante.

Vivía á la sazón en una choza solitaria al pie del Himalaya un anciano richi ó poeta religioso, llamado Asita, ó sea el Negro. Este, de varias señales milagrosas y de los gritos alegres de: «¡Budha!» que habían proferido los dioses que cerca de él habían pasado, dedujo que debía haber nacido un salvador del mundo, y con su vista profética supo luego que aquel salvador era el hijo del rey Sudhodana. Conmovidísimo, elevóse en el aire con su sobrino y discípulo y trasladándose en un vuelo al palacio real de Capila se hizo anunciar al rey. Sudhodana, al saber que un richi deseaba verle, accedió al instante, y Asita, después de saludar al rey y haber tomado asiento, declaró que le había conducido allí únicamente el deseo de ver al hijo incomparable que había nacido con las 32 señales de gran varón. «Está bien—dijo el rey—, pero es menester que me aguardéis un poco, porque ahora el niño duerme; á lo cual replicó el richi: «Suelen dormir poco los grandes varones, y no tendré que aguardar mucho». En efecto, al instante mismo entró un criado con la noticia de que el hijo del rey había despertado.

Cuando Asita vió en brazos del rey al niño, radiante de hermosura y resplandeciente como el oro y la luna, y observó la señal de sacra en las plantas de sus pies, levantóse respetuosamente de su asiento, plegó las manos y se inclinó. Después abrazó al niño, y observando en él las señales del dominio del mundo le pronosticó, como entendido en los libros Vedas, lo mismo que habían declarado ya los brahmanes. Apenas hubo concluido rompió á llorar. El rey, espantado y temiendo que alguna terrible desgracia amenazara á su hijo, preguntó al anciano por qué llo-

raba, y le suplicó que no le ocultase nada, fuese bueno ó malo: Pero Asita le tranquilizó y dijo: «No llores por tu hijo, ni veo desgracia alguna en su porvenir; lloro por mí, que viejo y caduco como soy, no podré ver el día en que tu hijo dará al mundo su ley, que será su salvación; porque has de saber, ¡oh rey! que el príncipe Sidarta no se inclinará á los goces materiales y será ciertamente Budha».

Al oír esto el monarca, levantóse lleno de gozo y se inclinó ante su hijo, tan venerado por el anciano richi y por los mismos dioses, y el richi, dirigiéndose á su sobrino, dijo: «Tan pronto como oigas que Budha ha aparecido y que hace mover la rueda de la ley, correrás á su lado para quedarte en su compañía, y lograrás tu salvación.» Dicho esto, volvió á inclinarse con las manos plegadas ante el niño, dió las vueltas en su alrededor y dirigiéndose al rey dijo: «Grande es tu dicha, ¡oh rey! de tener un hijo que un día confortará todo el mundo, á los dioses y á los hombres con su ley.» Con esto se despidió, y colmado con muestras de veneración y de la munificencia del rey, regresó por los aires como había venido á su morada solitaria en la selva.

Al cabo de cierto tiempo, los notables y ancianos sakias, de ambos sexos, hicieron presente al rey que convenía llevar á su hijo al templo de los dioses; á lo cual el rey accedió y dió luego orden á la anciana aya Gautami de que le ataviara convenientemente. Cuando la anciana cumplió la orden, el príncipe le preguntó el motivo, y al saberlo dijo riendo á su ama: «¿Dónde, tía, hay un dios más excelso que yo, para que me lleven á él?» Pero cuando entró con todo su brillante acompañamiento en el templo, cayeron de sus pedestales las imágenes de los dioses Siva, Vishnu, Indra y demás, lo cual produjo un entusiasmo inmenso, que fué acompañado, como de costumbre, de temblor de tierra, lluvia de flores, música celeste, etc., despertando en miles de hijos de dioses la idea de la iluminación espiritual suprema.

Al cabo de otro espacio de tiempo Udayana, sacerdote de palacio, dijo al rey que había llegado el tiempo de adornar solemnemente de joyas al príncipe. El rey accedió y mandó hacer las joyas; pero cuando se verificó la ceremonia y fueron puestas al príncipe, sucedió, con admiración de todos los presentes, que las alhajas, antes de tocar su cuerpo, perdieron todo su brillo, y la anciana aya lo explicó diciendo que toda

la pompa material no pasaba de ser una mera alucinación y que palidecía ante el resplandor y brillo del bodhisatva.

Cuando el príncipe fué un poco mayor, entró en la escuela para aprender las letras, ceremonia que se celebró con las solemnidades y manifestaciones de costumbre mencionadas ya en ocasiones anteriores. Miles de jóvenes, el rey con todos los sakias, los dioses y los semidioses acompañaron al príncipe. No faltaron carros con sabrosas viandas, dulces y danzas de ninfas. Pero al entrar el príncipe en la escuela, el maestro Visvamitra cayó desmayado en el suelo. Corrió á levantarle un hijo de dioses llamado Subhanga, el cual dijo que nada tenía que buscar en la escuela el que conocía todas las ciencias y artes, y únicamente podía servir allí de guía y salvación á la juventud. Cuando el rey y todos los acompañantes se hubieron retirado, el príncipe sacó su precioso recado de escribir y preguntó al maestro qué escritura de las sesenta y cuatro que le nombró una por una quería enseñarle, á cuya pregunta el maestro confesó humildemente que tenía en su escuela un discípulo sin par. El bodhisatva á cada letra del alfabeto recitado por los alumnos, agregó una sentencia profunda, que en el fondo era el único objeto para el cual se había dejado llevar allí, según dice la leyenda.

Un día de primavera salió el príncipe con Jandas y otros jóvenes al campo, y después de mirar cómo trabajaban los labradores, se separó de sus compañeros y finalmente se sentó á la sombra de un copudo acerolo, donde después le encontraron entregado á profundas meditaciones. Pasaron por allí en alas del viento cinco richis, cuyo vuelo del Sur al Norte hasta entonces nada ni nadie había podido detener, ni montañas ni selvas, ni espíritus ni dioses. Pero al llegar cerca de donde estaba el príncipe, se vieron detenidos por una fuerza superior. Una divinidad selvícola les explicó la causa, á saber, la presencia de un ser superior, y entonces saludaron y mostraron su respeto al bodhisatva, cumplido lo cual pudieron continuar su vuelo. Entretanto se fué acercando el sol á su ocaso, pero á pesar de haber cambiado todas las sombras de dirección, continuó la del acerolo envolviendo al príncipe, á quien andaban buscando su tío y el rey. Estos al fin supieron que había salido con otros jóvenes al campo y allí le encontraron todavía meditabundo debajo del árbol. Al verle el padre rodeado de luz, como alumbrado por mil soles y

sin embargo á la sombra, se prosternó ante su hijo, el cual volvió de su éxtasis y regresó con su padre á su morada.

Estos sucesos mantuvieron vivo el recuerdo de las profecías de Asita y de los brahmanes. Cuando el príncipe llegó á la adolescencia (según algunas versiones contaba diez y nueve años, los sakias ancianos, reunidos en la sala del Consejo, aconsejaron al rey que dispusiera el casamiento de su hijo, con la esperanza de que de esta manera renunciaría á la vida de peregrino mendicante y sucediendo á tiempo á su padre en el trono, mantendría el respeto de que gozaban los sakias entre sus vecinos. El rey convino en ello y dijo que sólo faltaba encontrar una esposa digna de su hijo. Todos los sakias presentes, en número de 500, se apresuraron cada uno á ofrecer una hija suya para novia, pero el rey observó que lo mejor era consultar al príncipe. Este pidió para decidirse un plazo de siete días, al cabo de los cuales se declaró conforme con el proyecto para no faltar á la costumbre corriente, si bien conocía que todos los placeres sensuales eran vanos y peligrosos, y sólo exigió que la esposa que se le diere reuniera las condiciones que enumeró.

Entonces el rey dió á su sacerdote de palacio el encargo de buscar la novia recorriendo todas las familias. Encontróla el purohita en la hija de Dandapani, príncipe sakia. La joven, que era una verdadera joya de su sexo, se declaró dispuesta á ser esposa del príncipe. Cuando el sacerdote hubo participado al rey el resultado de su misión, dijo el rey que, atendidos los escrúpulos del príncipe, convenía dejarle la elección, á cuyo fin pensaba hacer construir una multitud de joyas que haría repartir por su hijo á las doncellas, en cuya ocasión se vería cuál de ellas le gustaba más. Así se hizo; siete días después se reunieron todas las pretendientes en la gran sala del consejo y el hijo del rey dió á cada una su regalo. Todas lo recibieron una tras otra, sin levantar la vista y se retiraron, hasta quedar la última, llamada Gopa, la hija del príncipe sakia Dandapani, que se había mantenido aparte en medio de sus esclavas, pero que entonces se adelantó y dijo con cariñosa sonrisa al príncipe: «¿Qué te he hecho yo para que me desprecies?» Respondió el príncipe: «No te desprecio, pero llegas algo tarde», y diciendo esto, habiéndose ya acabado los regalos, quitóse su preciosa sortija del dedo y la presentó á Gopa, que volvió á

preguntar: «¿Merezco yo este regalo?», á lo cual aquél contestó: «Mereces todas mis joyas». Gopa replicó: «No hemos de quitar las joyas al príncipe, lo que debemos hacer es engalanarle», y dicho esto se retiró. Los que habían presenciado ocultos esta escena dieron cuenta al rey diciéndole: «El príncipe ha mirado con placer á Gopa, hija de Dandapani, y ambos han hablado un rato.» En vista de esto, envió el rey á solicitar del sakia Dandapani la mano de su hija para su hijo, pero Dandapani contestó: «En nuestra familia es costumbre dar nuestras hijas sólo á maridos impuestos en las artes; el príncipe ha sido educado con mucho mimo; ignora el manejo de las armas y el arte de la guerra, ¿cómo puedo darle mi hija?»

Esta censura había sido dirigida ya otra vez al rey en una ocasión en que se quejaba de los príncipes sakias, que por el mismo motivo no querían hacer la corte al príncipe Sidarta. El príncipe, viendo á su padre pensativo y triste, le preguntó la causa y al saberla le dijo: «¿Quién hay en esta ciudad capaz de competir conmigo?» «¿Y tú—preguntó el rey sorprendido—, podrías salir bien de las pruebas?» «Reúne—contestó el hijo—, á los más capaces.» El rey hizo pregonar la celebración de un gran torneo que había de verificarse al cabo de una semana y en el cual el vencedor obtendría como premio la mano de la hija de Dandapani.

El día fijado se presentaron en el sitio designado, en las afueras de la ciudad, 500 príncipes y gran multitud del pueblo para presenciar las luchas. Se empezó por las artes escolares. En la escritura venció el príncipe, siendo juez el maestro Visvamitra, y en el cálculo se mostró Sidarta superior no solamente á sus competidores sino también al maestro y al juez Arxuna. Las pruebas que dió de su inmenso saber excitaron los aplausos entusiastas de la multitud, oyéndose al propio tiempo en el aire cantos de alabanzas de los dioses. Vinieron después los ejercicios varoniles, corridas, saltos, natación, la lucha á brazo partido con uno ó más adversarios, y finalmente el tiro con el arco, en el cual el príncipe dió pruebas de una fuerza sin igual y de una habilidad maravillosa, porque manejó con admirable facilidad el formidable arco de su abuelo Sinhahanu, y en todo dejó muy atrás á los mejores adalides sakias, de modo que á cada ejercicio excitó una gritería frenética. El príncipe Dandapani le dió solemnemente á su hija Gopa por

esposa, la cual fué aceptada por nuera por el rey Sudhodana, que en su entusiasmo envió su propio elefante á recibir á su hijo victorioso.

Se encontró con el elefante, á la puerta de la ciudad, un primo de Sidarta, llamado Devadata, el cual, poseído de envidia por haber sido vencido, cogió con la mano izquierda la trompa y dió con la derecha tan formidable golpe al animal, que le tendió en el suelo. En esto llegó allí otro primo, llamado Nanda, que vituperó esta acción é intentó apartar del paso el cadáver del animal. Llegó entonces el hijo del rey, y enterado de lo sucedido vituperó también á Devadata, elogió á Nanda, y alargando la pierna fuera de su carro, arrojó de un puntapié el pesadísimo cuerpo del elefante por encima de los siete baluartes y fosos que formaban el recinto de la ciudad, diciendo que el cuerpo muerto podría apestar la población. El hoyo que formó el cuerpo muerto en su caída se llama todavía, según la leyenda, *hastigarta* (tumba del elefante).

En su día fué llevada Gopa, ricamente ataviada y acompañada de sus doncellas, llenas de júbilo, á la morada del príncipe, el cual desde entonces vivió entre ellas, en medio de placeres, fausto, danzas y juegos de miles de mujeres brillantemente ataviadas, como Indra con su Cási, en continuas diversiones.

Así pasaron años. El bodhisatva parecía haber olvidado en el encanto de los goces materiales su misión, bien que los dioses no cesaban de recordársela. En los cantos y músicas de sus mujeres el príncipe creía oír sus pasadas meditaciones sobre las miserias de esta tierra, sus votos y su misión de salvador y libertador del mundo, porque, como dice la leyenda: «El esclavo no puede ser libertador, ni puede servir de guía al ciego. Sólo el varón libre puede libertar, y sólo el que tiene la vista clara puede enseñar á otros el camino que deben seguir.»

También el rey estaba atormentado por pensamientos análogos. En sueños veía á su hijo caminando en traje de monje mendicante, y cuando despertaba asustado, enviaba á saber si su hijo continuaba en su palacio. A fin de hacerle la vida más atractiva, mandó construir para él tres nuevos palacios, uno de verano, otro para la estación de las lluvias y otro de invierno, adornados todos convenientemente para hacer la permanencia en ellos lo más amena posible, sin faltar nunca los coros de mujeres con música y

danzas, pero rodeando también cada palacio de centenares de guardas armados.

Un día, sin embargo, el príncipe manifestó deseo de hacer una excursión á los jardines de la ciudad, con cuya noticia se apresuró el rey á mandar arreglar y adornar los caminos y los mismos jardines, cuidando de alejar y hacer desaparecer cuanto pudiera impresionarle desagradablemente. Al séptimo día se verificó la salida del príncipe con grandísima pompa y brillante séquito. Salió la expedición por la puerta oriental de la ciudad, y á poca distancia, por disposición de los dioses, atravesó el camino un anciano caduco, mísero y tembloroso, apoyado en su báculo. El príncipe preguntó á su auriga qué enfermedad padecía aquel hombre, y el auriga le contestó que aquel viejo no padecía nada, sino que pagaba el tributo á la vejez inexorable, como lo pagaba todo el mundo y como lo tendrían que pagar su padre y él mismo si no morían antes. Esto dejó pensativo al príncipe y le quitó el gusto de la excursión, por cuya razón mandó volver atrás y dejar la salida para otro día, después de haber meditado sobre la vejez y sus achaques.

Al cabo de algún tiempo se verificó la nueva salida, esta vez por la puerta del Sur; pero encontraron á un enfermo, y el guía del carro hubo de explicar al príncipe cómo todos los hombres estaban sujetos á enfermedades. Esto impresionó también al príncipe tan desagradablemente que mandó suspender la excursión y volver atrás para meditar primero sobre lo que había visto y oído.

Dispúsose la excursión por tercera vez, y al salir por la puerta occidental se encontró con un entierro con sus lamentaciones, plañideras y demostraciones de dolor. El guía del carro volvió á explicar al príncipe la significación de todo, y el príncipe, con la imaginación llena de ideas de vejez, decrepitud, enfermedad y muerte, perdió otra vez el deseo de seguir adelante y mandó volver á palacio, porque quería meditar sobre la manera de libertar á la humanidad de tales aflicciones.

Dispuesta la expedición por cuarta vez, salió por la puerta del Norte. Al poco rato la comitiva encontró á un monje mendicante que con dignidad tranquila y expresión alegre y contenta seguía su camino. El príncipe, después de oída la explicación de su auriga, se mostró contento porque sabía que los sabios ensalzaban la vida